

Medellín

Urbanismo y sociedad

JORGE PÉREZ JARAMILLO

T

TURNER NOEMA



Medellín

Urbanismo y sociedad

JORGE PÉREZ JARAMILLO



Título:

Medellín. Urbanismo y sociedad

© Jorge Pérez Jaramillo, 2019

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2019

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: julio de 2019

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Jorge Pérez Jaramillo

Fotografías:

© Pepe Navarro

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial

ISBN: 978-84-17866-09-9

eISBN: 978-84-17866-31-0

DL: M-24478-2019

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

[Agradecimientos](#)

[Prefacio. La transformación de medellín: una sinfonía](#)

[I Introducción](#)

[II La crisis como oportunidad](#)

[III Una tradición de planificación](#)

[IV Laboratorio social. Diálogo colectivo y cohesión ciudadana](#)

[V Avances de la economía](#)

[VI Las facultades: laboratorio de arquitectura y urbanismo](#)

[VII Los concursos de arquitectura y urbanismo, piezas de la ciudad](#)

[VIII El proyecto ciudad](#)

[IX Gestión pública para fortalecer la gobernabilidad](#)

[X La planeación colectiva a largo plazo](#)

[XI La consolidación del cambio](#)

[XII El sector de la construcción, una historia compleja](#)

[XIII Una nueva etapa del Plan de Ordenamiento Territorial 2014](#)

[XIV Un modelo de ocupación territorial para la transformación estratégica](#)

[XV La ciudad que se reconcilia con el río](#)

[XVI Inspiración global](#)

[XVII Grandes retos que prevalecen](#)

[XVIII Algunas conclusiones](#)

[XIX Reflexiones a partir de Medellín como proyecto ciudadano](#)

[XX Algunos proyectos emblemáticos de urbanismo y arquitectura](#)

[Bibliografía](#)

[Recursos electrónicos](#)

Listado de siglas

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro ha sido una oportunidad feliz para revisar muchos aspectos de mi vida en Medellín, y especialmente para recordar a aquellas personas que han forjado buena parte de una vida privilegiada y rica en oportunidades, a quienes amo y agradezco profundamente.

Debo un homenaje a mis padres Carlos y Mamanena, a Tomás y Lili, a mis hermanas María Adelaida y Ángela y a mi familia.

Este libro ha tenido el apoyo invaluable de Isabel Garcés en su concepción y desarrollo y de Pepe Navarro con sus amorosas fotografías. Gracias al compromiso y apoyo académico de Felipe Hernández y Jason Corburn, a la lectura generosa de María Cristina Restrepo, Richard Hopper, Gildardo Lotero, Martha Arias y a Sergio Bustamante y Aníbal Gaviria por la oportunidad de trabajar por Medellín y soñar con el territorio. Gratitud especial merecen mis maestros José María Berrío, Eduardo Monzón, Carmencita Escobar, Darío Múnera, Augusto González, Carlos Julio Calle, Carlos Mesa, Rogelio Salmona, Lorenzo Fonseca, Alberto Saldarriaga, Francisco Sanín, Giovanna Spera, Juan Manuel Peláez, Luisa Fernanda Gutiérrez Maya, Orlando García, y también los estudiantes, profesores y personas con quienes compartimos una vida en Medellín y otros lugares y muchas otras personas que han sido generosas e inspiradoras. No hay suficiente espacio para todos los reconocimientos merecidos. Gracias.

PREFACIO

LA TRANSFORMACIÓN DE MEDELLÍN: UNA SINFONÍA

¿Cómo es posible entender la transformación de una ciudad antes consumida por la violencia y ahora renovada por la esperanza y la prosperidad? Esta es una pregunta esencial y universal en virtud de que la sobrevivencia en el planeta cada vez depende más de la planeación urbana y la sustentabilidad. Se ha denominado el siglo XXI como “el siglo de la ciudad”. Hoy más que nunca, más personas viven en las ciudades y, según las Naciones Unidas, la cifra incrementará en los próximos cincuenta años. Los habitantes urbanos tomarán las decisiones sobre el cambio climático, la migración, los conflictos sociales, la seguridad alimentaria, la prosperidad económica, la inclusión social y otros temas cruciales.

No olvidemos que también se consideró que la urbanización definió los siglos XIX y XX. Por ejemplo, el auge de la industrialización y la migración distinguió las ciudades del siglo XIX. En estas había agua, sistemas sanitarios, condiciones vitales superiores y políticas públicas y laborales que mejoraron la vida de muchos y redujeron las enfermedades. Aunque también es necesario recordar que ni las ciudades ni la urbanización por sí solas cambiaron las condiciones de vida; los habitantes se organizaron y conformaron sólidos movimientos sociales. En el siglo XIX esta nueva sociedad civil y las instituciones y los gestores urbanos crearon e instrumentaron los cambios que alterarían el planeta. Por tanto, los residentes –los desfavorecidos, los migrantes, las mujeres, los obreros, etcétera– fomentaron la innovación urbana y crearon las condiciones gracias a las cuales las ciudades se volvieron habitables tal como las conocemos ahora.

En este magnífico libro, Jorge Pérez Jaramillo nos recuerda, mediante

términos claros y a partir de su propia experiencia, que las personas y las instituciones aún son fundamentales para la transformación urbana. La historia de la restauración de Medellín es primordialmente sobre sus residentes, quienes se organizaron para hacerle frente a la crisis de la violencia y otros problemas. Estos residentes, de muchas clases sociales, han compartido el objetivo de mejorar la calidad de vida. Al igual que los innovadores urbanos del siglo XIX, los responsables de la transformación de Medellín han sido arquitectos, urbanistas y empresarios jóvenes, pero también madres, alcaldes y defensores de la paz.

La restauración de Medellín es uno de los relatos más importantes que se contará en el contexto de la supervivencia planetaria en el siglo XXI. Este libro es y seguirá siendo una lectura obligada para todos porque captura los procesos necesarios para restaurar una ciudad y resolver muchos problemas que nos aquejan hoy: inclusión social, democracia, sustentabilidad ecológica y bienestar de las poblaciones. Medellín es la ciudad modelo, más allá de los cambios que muchos han reconocido como sus innovaciones principales, como el Metrocable y otras modificaciones físicas.

Lo que Jorge Pérez Jaramillo revela en estas páginas es que los procesos subyacentes de participación, las dificultades para dialogar y la formación de coaliciones —lo que define como ciudadanía urbana— es clave para entender las fuerzas responsables de la transformación de Medellín. Un mensaje fundamental de este libro para comprender el cambio urbano en todo el mundo es que la gente y los procesos son igual de importantes, o más, que el cambio físico. Los urbanistas, arquitectos, gestores, líderes y organizaciones civiles de Medellín innovaron creando procesos para la toma de decisiones. Quizá esto resultó incluso más decisivo que sus premiados parques, bibliotecas, sistemas de transporte, restauraciones ecológicas y centros comunitarios en barrios marginados.

La renovación de cualquier ciudad, incluso Medellín, nunca está completa. El principio clave del urbanismo es que el cambio es constante. Y

la construcción de una ciudad se centra en cómo las instituciones y las organizaciones se adaptan y gestionan los nuevos retos. Es lo que Jorge Pérez narra con detalle y, como participante y observador, ofrece sus reflexiones al respecto. En el caso de una transformación urbana, no es frecuente tener esta perspectiva de primera mano, sobre todo una que despeje los mitos que tanto se han difundido. Lo que surge de los siguientes capítulos es un conjunto de principios para la restauración urbana —de hecho, social— que todos debemos atender.

Este libro se publica cuando Medellín ya ha capturado la atención del mundo entero por ser una ciudad premiada. Lo crucial es que los premios rara vez reflexionan sobre el *cómo* y el *por qué* detrás del *qué*, o sobre los procesos detrás de los cambios físicos. Terminé la lectura de este libro con la certeza de que Jorge Pérez Jaramillo no solo ha descrito las historias de la restauración, sino un relato de una “sinfonía urbana” que nos muestra cómo crear música hermosa con distintos instrumentos y actores. La sinfonía de Medellín tuvo a sus directores espectaculares y sus talentosísimos practicantes de distintos sectores. Aunque no siempre resultó fácil, se reunieron para crear música hermosa y coherente. El autor nos recuerda que es preciso tener en cuenta a todos los miembros de la orquesta para comprender a fondo el sonido, el proceso detrás de la música o la transformación en curso de Medellín. Hagamos una pausa para escucharla.

Jason Corburn

Profesor de Urbanismo y Salud Pública, Universidad de California,
Berkeley

I INTRODUCCIÓN

El desarrollo territorial y urbanístico de Medellín a lo largo del siglo anterior, especialmente durante las décadas recientes, evidencia cómo ha sido posible asumir circunstancias complejÍsimas y conflictivas. Dicho proceso parte de la construcción colectiva de formas de planeación e intervenci3n sobre la ciudad, avanzando de manera consistente hacia una sociedad que promueva una urbanizaci3n incluyente y fomente la convivencia y la vida p3blica como dos de sus condiciones esenciales.

En el contexto de formaci3n de una nueva democracia municipal, el caso Medellín ejemplifica experiencias de planeaci3n y gesti3n urbana, social y territorial, que han evolucionado para construir un proyecto ciudadano a largo plazo basado en acuerdos sociales y cívicos, los cuales han permitido acordar una visi3n y dar continuidad en polÍticas con miras a obtener resultados transformadores de la vida p3blica.

Medellín representa y sintetiza una amplia gama de preguntas globales de la sociedad contemporánea sobre la urbanizaci3n. Por un lado, es una ciudad joven con una rápida y extrema expansi3n, desarrollada prácticamente en un siglo, mayoritariamente a partir de dinámicas informales derivadas de la inmigraci3n desde el campo; por otro lado, es una sociedad gobernada desde la presidencia de la rep3blica, con sede en Bogotá, bajo una perspectiva unitaria altamente centralizada, inconsciente de la diversidad regional, sin democracia local y con estructuras polÍticas elitistas y clientelistas; una rep3blica que históricamente ha sido gobernada con mínima consideraci3n por las particularidades sociales de las regiones, en especial en las periferias de la ciudad tradicional. Dicho contexto derivó

gradualmente en diversos conflictos sociales y territoriales.

Explorar aspectos asociados con la evolución de Medellín es pertinente para comprender su complejidad y la densidad del proceso seguido por la sociedad en las últimas décadas, el cual representa una experimentación de gran riqueza, poco analizada con la profundidad que merece. Con frecuencia dicho proceso ha sido simplificado y caricaturizado. Buena parte del relato instalado en muchos escenarios sobre la historia reciente de la ciudad obedece a la mirada parcial sobre algunos de sus aspectos, a menudo pareciera que es una especie de cuento de superhéroes en el que aparecen villanos, como Pablo Escobar, y salvadores mesiánicos que cambiaron nuestra realidad. Es notable que incluso se ha llegado a hablar del “milagro Medellín” (Maclean, 2015), como si la ciudad fuera resultado casual y coyuntural de alguna acción heroica o hubiera ocurrido algo único y particular en su evolución.

Precisamente me ocuparé de ilustrar cómo construimos un camino de resiliencia y democracia desde la crisis. Propongo mirar a Medellín como un laboratorio territorial y social rico en experimentos, entendiendo este concepto como la acción sistemática llevada a cabo por diferentes sectores y grupos con el propósito de buscar soluciones, crear proyectos y, en general, reaccionar frente a un panorama inviable. En esta travesía no se ha obedecido a ninguna fórmula, no se ha respondido a los lineamientos de ningún líder en particular y no se ha pretendido ejercer un control diferente a la autorregulación ciudadana, resultado de la experimentación comunitaria persistente, con muchos hallazgos y un amplio rango de interrogantes no resueltos. En esta perspectiva la ciudad es vista como el resultado de un proceso social de varias décadas, cuya evolución se basa en la construcción democrática y colectiva.

El presente texto está escrito desde la memoria. Representa experiencias de lo que viví, lo que vi, lo que padecimos y ha quedado inscrito en nuestra historia y en el corazón; sobre todo, está narrado a partir de lo que

construimos como sociedad para superar una de las mayores crisis que ciudad alguna haya vivido en el mundo moderno. He escrito confrontando algunas ideas de otras personas, leyendo otras visiones, planteándome preguntas y aventurando algunas respuestas. Asumo el riesgo y la dificultad que implica la cercanía con los hechos, así como las emociones que la realidad nos genera. La subjetividad y la emotividad están presentes de manera inevitable y, sin duda, este texto también es un reto personal en un debate abierto que considero necesario profundizar. Mi compromiso es contribuir al análisis y a la comprensión de muchos asuntos de esta ciudad que no han sido revisados críticamente.

Este libro se ocupa de un proceso que empieza a volverse una historia desconocida, pues el tiempo va dejando atrás muchos datos y hechos importantes, al igual que deja atrás las historias de varias generaciones de ciudadanos. Analizo muchos mitos y, como dije antes, abordo la caricaturización vigente sobre lo que hemos logrado; presento diversas preguntas que aún no encuentran respuesta y describo verdaderos logros de una sociedad, a menudo incapaz de reconocerse en su realidad y sus errores. Al mirar a Medellín aspiro a contribuir para que los diversos asuntos tratados dejen un saldo de aprendizaje, aportando elementos para una valoración más precisa sobre las cuestiones planteadas. Esto es importante, pues buena parte de los elementos que configuraron nuestra crisis aún prevalecen; todavía tenemos factores complejos de pobreza e inequidad, prevalencia de ilegalidad y crimen organizado que generan violencia y muerte, conflictos territoriales y ambientales, dificultades diversas para nuestra sostenibilidad y una economía en general muy frágil. En fin, somos un territorio que requiere volver a preguntarse algunas cosas, retomar el diálogo social y reemprender el camino de trabajo articulado y persistente, a través del cual ha sido posible construir sobre el dolor y la desesperanza. Aprender de nosotros mismos es urgente.

Medellín ha sido desde siempre una ciudad de amor y pasión, una

sociedad que emergió luchando y superando barreras. Unas veces territoriales y geográficas; otras de carácter social, religioso, cultural, político y económico. Es un escenario diverso y rico en ideas, con gente muy dedicada al trabajo. Contradicciones de una sociedad que vive entre el amor por la cultura y el pensamiento, con señas profundas de solidaridad en medio de gran inequidad, así como una pasión por los negocios y el comercio, gran pragmatismo e inusitado afán por el dinero son señas de identidad que nos caracterizan. Los antioqueños (“paisas”, según muchos) formamos parte de una región liderada por extraordinarios humanistas e intelectuales, con la ambición de encontrar caminos renovadores y ampliar nuestras visiones, y al mismo tiempo por líderes dogmáticos, atados a tradiciones religiosas, políticas y a una supuesta historia aristocrática que es más ficticia que verdadera, pues en realidad se trata de una élite de comerciantes y negociantes hábiles y ambiciosos, campesinos, ganaderos y mineros con destrezas extremas para dominar territorios difíciles, que se suma a los grupos criminales con una creatividad y capacidades ilimitadas para consolidar sus negocios incluso en mercados internacionales. Somos millones de seres humanos que configuramos nuestra peculiar sociedad, contradictoria e inspiradora (Restrepo, 2009).

La atención mundial sobre la experiencia de la ciudad, expresada mediante premios, investigaciones y diversas valoraciones, evidencia que Medellín es un proyecto experimental muy rico, que inspira una reflexión amplia sobre los retos que ONU Hábitat ha llamado la Nueva Agenda Urbana¹ frente a la urbanización global.

En las décadas recientes, pocos casos como el nuestro representan la construcción de un camino de planeación y desarrollo democrático y cívico para enfrentar una crisis. La peor etapa de la ciudad, a finales de los ochenta, coincidió con el surgimiento de la democracia local (1987) y la gradual descentralización del Estado colombiano, que derivó en la primera elección de alcaldes, en 1988. Este momento de nuestra historia fue

complementado con la adopción de la nueva Constitución Política, en 1991, y sobre todo con una fase de diálogo social y colectivo, que por primera vez nos permitió reconocernos en nuestra complejidad, acordar prioridades y gestar una ciudadanía mediante valores cívicos y democráticos, de manera incompleta e imperfecta, pero también de forma plural e intensa.

[...] la asamblea no reformó la carta, sino que expidió una nueva Constitución que buscó fortalecer el respeto a los derechos humanos, la capacidad de representación de las instituciones políticas, la posibilidad de autogobierno local. Colombia sería ahora una democracia real, con un Senado elegido en forma que garantizara la representación proporcional de los partidos más pequeños, con alcaldes y gobernadores electivos, con una carta de derechos políticos, económicos y sociales [...].

La Constitución de 1991 creó grandes esperanzas, en parte confirmadas y en parte incumplidas.

La descentralización que adoptó estuvo acompañada, para dar autonomía real a los municipios y departamentos, de la cesión de grandes recursos [...].

Mientras que gobiernos locales modernos y responsables, solo se lograron donde, como en algunas grandes ciudades, los conflictos armados no perturbaban tanto la política (Melo, 2017).

Tras varias décadas de extremas dificultades que significaron aislamiento, empobrecimiento, miedo y terror, Medellín forjó acuerdos estratégicos a largo plazo y desarrolló diversos proyectos catalíticos, como un camino inspirador que ahora cuenta con probados resultados e indicadores que representan un cambio profundo, el cual, más allá de la promoción y el marketing, sustenta en la realidad su valoración a nivel global.

Entre los reconocimientos más notorios recibidos por la ciudad en los últimos años, el Lee Kuan Yew World City Prize 2015-2016² tiene un extraordinario significado. Mediante un método comparado e

independiente, un jurado del más alto nivel evaluó indicadores y soportes técnicos diversos, visitó la ciudad y analizó su historia reciente, lo cual muestra que no se premiaron percepciones, sino evidencias. Medellín ya había sido distinguida con una mención especial en la edición 2014 de este premio, reconocido por muchos como el “Nobel de las ciudades”. El galardón constituyó un momento culminante del reposicionamiento global y sin duda el de mayor trascendencia recibido hasta ahora. Igualmente fue notable haber sido elegida Ciudad más Innovadora en 2013 (ULI, WSJ y CITI) y ciudad sede del séptimo Foro Urbano Mundial de ONU Hábitat (abril de 2014), en un momento de inmenso debate global sobre la dinámica urbana, lo cual brindó la oportunidad a la ciudad para compartir sus experiencias y aprendizajes, plantear retos y agendas de futuro.

El interés global sobre Medellín se justifica si entendemos la magnitud del reto que el mundo enfrenta ante la creciente urbanización, con sus respectivos conflictos, y el calentamiento global, en un contexto de muy difíciles interrogantes derivadas de la pobreza y la inequidad, y en busca de construir un planeta viable hacia el futuro. Pocos casos son tan inspiradores para las ciudades del mundo como Medellín (Jurado del Premio Lee Kuan Yew World 2016).

LA CRISIS COMO OPORTUNIDAD

Medellín vivió una de las más profundas crisis que una sociedad urbana haya conocido y fue capaz de convertirla en su mayor oportunidad. Haberla entendido como un momento para la autocrítica y el diagnóstico y construir una agenda por la democracia hizo posible comprender de qué manera un colectivo podía plantear una ruta de resiliencia: desplegando estrategias de diálogo ciudadano, desarrollo institucional y herramientas complementarias de la planeación social y territorial. Años más adelante, el camino emprendido por nuestra sociedad derivó en el concepto de una “ciudad para la vida”, tal como lo sintetizó Aníbal Gaviria Correa en su gobierno (2012-2015). Medellín se configuró desde entonces como un intenso experimento urbano que tiene la vida como propósito supremo, desplegando recursos tales como la planeación, el urbanismo, la arquitectura y la infraestructura, complementados con procesos de gestión financiera e institucional, organización comunal, participación democrática y un amplio fomento a formas innovadoras de intervención.

Las condiciones geoestratégicas de nuestro territorio en medio de la cordillera de los Andes, lejos de ríos y puertos, en la esquina noroccidental de América del Sur, ha sido factor preponderante de nuestra evolución. La realidad es que tenemos muchas dificultades para contar con infraestructuras que permitan el control del territorio e integrarnos a la economía nacional e internacional, en medio de una geografía y una localización muy difícil. El Ferrocarril de Antioquia fue un hilo conductor de nuestro desarrollo económico y urbano desde su

construcción entre 1874-1929 y podría decirse que su desaparición en 1961 significara un cambio estructural en la dinámica urbana y económica de la región y un factor preponderante en la crisis de la ciudad a partir de su final en 1961, tras su venta a los Ferrocarriles Nacionales y su posterior cierre (Latorre, 1968).

Durante las décadas de 1980 y 1990 experimentamos una crisis, expresada en graves condiciones económicas, políticas y sociales, y transitamos por un progresivo camino de autodestrucción e inviabilidad. Medellín tenía aproximadamente 60,000 habitantes en 1905, según varias fuentes históricas, y para 1951 llegaba a cerca de 360,000 habitantes. A partir de esta etapa se dio una expansión exponencial para llegar en la década de los setenta a más de un millón de habitantes (Departamento Administrativo Nacional de Estadística, s.f.). Esta inmensa y rápida expansión urbana se presentó en un contexto de alto nivel de inmigración, informalidad y precariedad, con un importante crecimiento y una expansión económica, especialmente industrial y de capitalización de los beneficios de la explotación agrícola, energética, minera y ganadera del entorno regional. Desde 1970, sobrevino para Medellín y el departamento de Antioquia una fase de declive productivo, industrial y del sector cafetero, en un escenario de precariedad democrática e institucional, fragilidad del Estado e inmensa inequidad, condiciones gravemente profundizadas a raíz del narcotráfico, la ilegalidad, la violencia y el terrorismo.

A lo largo de la década de los ochenta, la comunidad de Medellín se encontró en una situación de práctica inviabilidad. Su reacción fue desplegar una extraordinaria y forzosa autocrítica que desencadenó una etapa de participación ciudadana, integrando a los diversos estamentos sociales, empresariales, políticos y académicos, comprometidos con un amplio diálogo cívico, para consolidar acciones que crearon la democracia local. Dicho pacto político transformador de la sociedad se acerca a la construcción de un proyecto de ciudad a largo plazo, base de desarrollos

institucionales y sociales para la gestión urbana, que en muchos sentidos redimieron la ciudad.

Recorrer la lista de atentados terroristas y asesinatos de personalidades víctimas durante esta etapa sería motivo para otro libro. Estas ideas, tratadas por varios autores, son analizadas con mayor profundidad por Alonso Salazar. Algunos hechos que evidencian las condiciones de violencia y desajuste social que vivimos entre 1980 y los primeros años de la década siguiente caracterizan la dimensión de la crisis y representan la magnitud del enorme conflicto vivido por nuestro país. Tienen su representación trágica en los casos de personas ilustres, entre quienes se destacan los ministros de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla y Enrique Low Murtra, asesinados en 1984 y 1991 respectivamente; los candidatos presidenciales de la Unión Patriótica, Jaime Pardo Leal (a quien mataron en 1987), Bernardo Jaramillo y Carlos Pizarro (víctimas en 1990) del grupo M-19; el procurador general de la nación Carlos Mauro Hoyos (ultimado en 1988). En 1986 había sido asesinado Guillermo Cano, director del periódico *El Espectador*, y en 1989, el año más crítico, murieron Antonio Roldán Betancur, ex gobernador de Antioquia, Pablo Peláez, ex alcalde de Medellín, Waldemar Franklin Quintero, comandante de la policía de Antioquia, entre muchos otros líderes y ciudadanos. El 18 de agosto del mismo año, durante la campaña electoral, Luis Carlos Galán, un joven político, renovador y muy crítico con los partidos tradicionales, quien era el candidato con mayor opción para ser elegido presidente de Colombia, también fue asesinado.

Como consecuencia de la muerte de Galán, el presidente Barco ordenó una ofensiva sin precedente contra el Cartel de Medellín.

Posteriormente, el candidato sucesor de Galán, César Gaviria, fue amenazado y debió realizar su campaña “sin asomarse a la plaza pública”. En diciembre, el avión en el que se dirigía a Cali, y que Gaviria no abordó a última hora, explotó en el aire causando la muerte a más de cien personas (Salazar, 2003).

Como respuesta, el presidente Barco planteó una reforma constitucional sobre la extradición, la cual desencadenó una guerra total de proporciones enormes entre el Cartel de Medellín y la sociedad. La ciudad fue epicentro de una etapa de violencia con dimensiones inconmensurables. Los diversos carros-bomba que instalaron los grupos de Pablo Escobar, especialmente en Medellín y Bogotá, generaron una situación de extrema gravedad para nuestro país y, por supuesto, instauraron una etapa de miedo, encierro y pérdida extrema de dinámica económica y vida pública. Medellín padeció un grado de estigmatización y aislamiento nacional e internacional con consecuencias diversas a nivel institucional, político, económico y social.

En esos años, los ciudadanos vivimos condiciones de extrema inseguridad, aislamiento y una crisis económica profunda. Visitar Medellín estaba proscrito para ciudadanos extranjeros, las *travel warning* y las restricciones de los seguros para quienes viajaran evidenciaban nuestro aislamiento. No había inversión, proseguían el contrabando y el lavado de activos en varios sectores, especialmente en el comercio y el desarrollo inmobiliario; muchos negocios estaban vinculados a los llamados “dineros calientes”. “El narcotráfico en Medellín, a diferencia de otras ciudades, encontró una tradición comercial y contrabandista, y un cierto modo de ser paisa, que logró no solo un impacto económico, sino también cultural, agudizado por una crisis de justicia y unos altos índices de corrupción” (Salazar y Jaramillo, 1992). Los ciudadanos éramos sospechosos en nuestros viajes a otras ciudades del país y, por supuesto, al exterior; la vida nocturna era mínima y peligrosa, nadie estaba seguro en ningún lugar; fueron tiempos de una sociedad postrada, aislada y sin futuro, una comunidad a la que se le negó la ciudad.

Durante estos años, nuestra vida urbana gravitó entre la ilusión de un país que aspiraba a dar el salto hacia una sociedad moderna y la realidad local. Era innegable la desesperanza de una sociedad que vivía con el ingenuo orgullo de creer ser lo que no era, y que gradualmente se descubrió a sí

misma en medio de sus miserias y adversidades. Nuestra historia de hipocresía e inconsciencia dio lugar a una etapa en la que resultó evidente que no teníamos un futuro prometedor y los retos nos estaban excediendo. Uno de los fenómenos más difíciles de superar, aún hoy, ha sido la cultura del narco, que permeó el orden establecido y ha incidido durante más de cuatro décadas en nuestra economía, condicionando los negocios, la estética, las costumbres y las estructuras sociales (Restrepo, 2009).

El Estado colombiano, amedrentado por la delincuencia organizada, su poder corruptor y su control del territorio, con instituciones débiles y precariamente desarrolladas para gobernar la ciudad y la región, se sumió en una suerte de caos. En esta etapa muy compleja nuestras opciones eran emigrar o quedarnos para luchar seriamente por cambiar la realidad. La crisis entonces fue nuestra oportunidad.

Tras esta etapa extrema, gradualmente asumimos las circunstancias y comprendimos que habíamos ido demasiado lejos. Tomamos consciencia de la necesidad de reaccionar. Convicción y urgencia hicieron posible el emprendimiento general por el cambio y fuimos inventando y gestando procesos que orquestaron la evolución que hoy registramos en Medellín.

La década de 1990 fue de transición y sentó las bases de la reacción. Varios hechos de inmensa trascendencia abrieron escenarios de cambio. Fue clave la creación de la Consejería Presidencial para Medellín y sus procesos cívicos y proyectos desarrollados entre 1990 y 1995. Posteriormente, entre 1996 y 1997, se formuló el Plan Estratégico para Medellín y el Área Metropolitana 2015, seguido por la adopción, en 1996, del Sistema Municipal de Planeación. Este conjunto de acciones configuró una movilización democrática local, enmarcada en la nueva Constitución de 1991, que forjó un proyecto plural, a largo plazo, con la articulación de todos los sectores y con sólidas bases sociales.

El diálogo, los acuerdos y los compromisos adquiridos fueron la base para actuar sobre los problemas estructurales, en especial para formar una

ciudadanía más integrada y corresponsable, que ha definido a la ciudad como su objetivo común. Este esfuerzo compartido ha sido liderado desde entonces por la propia comunidad. Han surgido nuevas generaciones de líderes, quienes encontraron en la lucha por la resiliencia y el cambio su proyecto de vida. Dicha experiencia llevó a muchos ciudadanos a defender y priorizar los objetivos trazados a largo plazo con continuidad y coherencia.

El fondo del caso Medellín, como es evidente, se explica entre otras cosas por el diálogo y la participación comunitaria, la organización social, el trabajo por la educación, la cultura y la convivencia, el fortalecimiento institucional en un marco de corresponsabilidad colectiva, todo lo cual incluye compromiso con aporte en impuestos y desarrollo de obligaciones de los ciudadanos.

Con una población superior a los dos millones y medio de habitantes, Medellín es el núcleo del valle del río Aburrá, una aglomeración metropolitana con 10 municipios poblados por casi cuatro millones de personas. Tras la profunda crisis de los años ochenta y noventa, la ciudad real creció en medio de grandes preguntas sobre equidad en el desarrollo, hábitat sostenible y saludable, disponibilidad y acceso al agua, la energía y los alimentos, y retos complejos de convivencia e inclusión, participación ciudadana y gobernanza local, movilidad y accesibilidad para todos. Contamos con algunas capacidades desde la planeación, el urbanismo, la arquitectura y políticas para la convivencia, pero aún nos falta mucho para ser una sociedad urbana viable.

UNA TRADICIÓN DE PLANIFICACIÓN

Aunque fue fundada en 1616, Medellín puede considerarse una ciudad relativamente joven, pues su crecimiento y desarrollo más significativo se dieron desde mediados del siglo XIX, tras haber sido erigida en capital del Departamento de Antioquia. Gracias a la minería, la producción de café y otros productos agrícolas, así como a una importante dinámica comercial, a inicios del siglo XX la ciudad adquirió importancia nacional como centro económico, cultural y político en el noroccidente colombiano. Por su localización en la cordillera de los Andes, con el soporte del Ferrocarril de Antioquia, construido a partir de 1874, muy pronto tuvo conectividad por Puerto Berrío con el río Magdalena y, a través de él, con el Caribe y el mundo, con un consecuente auge económico, cultural y social. En aquellos años, nuestra sociedad configuró una base social y económica, y desde entonces determinó elementos físicos y espaciales de la estructura urbana.

Una ciudad como Medellín que en 1905 contaba con 59.815 habitantes, construye su relato durante la primera mitad del siglo XX con un significativo auge industrial y una economía regional pujante, asociada al café y a la minería, características que la hicieron progresista y líder en el entorno nacional [...]. Se convirtió en el principal centro industrial del país durante una época en la cual la riqueza subyacía en la industria, éxito que se apalancó en el desarrollo de su sector textil, el cual fue, por mucho, el aglomerado manufacturero de mayor valor y empleo en el país.

A su vez, este proceso de industrialización en Medellín se asoció a un

creciente desarrollo urbano, el cual emergió como respuesta a las condiciones de una ciudad industrial que manejaba economías de escala, que desvelaba transformaciones y dinámicas generadas por las migraciones poblacionales que iban perfilando una importante expansión urbana. Estas lógicas de ubicación industrial y su asociación a la vida urbana provocaron un desarrollo vial que jugó un papel importante, logrando conectividad en todos los puntos cardinales del Medellín urbano y rural, pues además de configurarse un proceso de conformación de barrios como respuesta a intereses funcionales y a una población que demandaba intervenciones específicas, se estimuló la expansión de Medellín en todo el valle de Aburrá (Sánchez Jabba, 2012, 4).

Desde fines de siglo pasado y durante la primera mitad del presente, se consolida un optimismo cívico, provinciano pero progresista. Entre 1900 y 1950 crece la ciudad, su población asciende aproximadamente a 358.189 habitantes, proceso que está acompañado de una rápida modernización de la infraestructura (Melo, 1995, 5).

La pequeña población de comienzos del siglo xx evolucionaba rápidamente formando una comunidad con apuestas culturales y técnicas, manifestaciones de liderazgo y creación de instituciones cívicas y académicas que gradualmente fueron trazando su rumbo. Entre las entidades más singulares de aquellos años podemos recordar a la Universidad de Antioquia, fundada en 1803, y a la Sociedad de Mejoras Públicas fundada en 1899, fundamentales en la evolución posterior de la joven ciudad.

Estas entidades, de la mano de la Escuela Nacional de Minas e Ingeniería, creada en 1886, y las facultades de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB) y de la Universidad Nacional (Unal), que surgieron en 1942 y 1947 respectivamente, así como otras

escuelas de derecho, ciencias sociales y otras disciplinas, gradualmente se convirtieron en el germen de una masa crítica de profesionales locales, enfocados a gestionar, planificar y construir la ciudad, una comunidad con fuerte tendencia a construir y actuar con obras concretas sobre la realidad. Como es natural, este contexto no estaba aislado de las dinámicas generales de la ciudad, el auge de las actividades económicas y productivas, así como un movimiento cultural singular por sus alcances, en un entorno conservador y tradicionalista, de estirpe campesina, “montañera” como se suele denominar, con personajes modernos y libres en su visión del mundo, como escritores, artistas e intelectuales diversos, que desde siempre retaron y cuestionaron lo establecido. Vale mencionar a María Cano, Marco Tobón Mejía, Pastor Restrepo, Melitón Rodríguez, Ignacio Gómez Jaramillo, Tomás Carrasquilla y Débora Arango entre intelectuales escritores y artistas, así como arquitectos, ingenieros y urbanistas prestantes como Horacio Marino Rodríguez, Ricardo Olano, Agustín Goovaerts, Carlos Carré, Nel Rodríguez, Pedro Nel Gómez, Antonio Mesa Jaramillo y muchos otros, quienes forman parte de la historia de maduración de la pujante sociedad.

Desde entonces urbanización, cultura y sociedad, planeación y acción sobre el territorio han estado íntimamente unidas como características de un desarrollo extremadamente rápido, cargado de contradicciones y con una población municipal que se multiplicó casi 40 veces, desde el inicio del siglo XX hasta hoy. Si consideramos la población metropolitana actual, la expansión ha sido casi 60 veces, llegando a más de 3 millones 800 mil personas.

En 1913, dos ciudadanos eméritos, Ricardo Olano y Jorge Rodríguez, integrados a la Sociedad de Mejoras Públicas, lideraron la formulación de los primeros esquemas de ordenamiento urbano a través del llamado Plano de Medellín Futuro, que “se desarrolló con base en cuatro ejes principales: creación de un espíritu público en la planeación de la ciudad, planificación

de la ciudad, conversión de los planes en obras e institucionalización de la reforma” (Martín, 2012). Fue una de las primeras experiencias de planeación y un hito en la apuesta por el desarrollo urbano en nuestra sociedad.

En el número de abril 18 de 1910 del periódico *La Organización*, la Sociedad de Mejoras Públicas (SMP) convocó a un concurso público para premiar “el mejor plano” de Medellín Futuro. El citado concurso se sumaba a las conmemoraciones del centenario de la Independencia, iniciativa de la Sociedad San Vicente de Paúl dirigida a exhibir los avances industriales. Los términos de la convocatoria estaban orientados a mantener como base la ciudad existente, proponer modificaciones sobre el espacio público y proyectar las futuras vías (Perfetti, 2012).

Los visionarios urbanistas de la ciudad no sólo buscaron a través del Plano de Medellín Futuro, la apertura y creación de nuevos espacios urbanos sino, además, la rectificación de los existentes; sin embargo, pese a los vientos modernizadores del Plano de Medellín Futuro proyectado a quince años, ya se revelaba insuficiente para el crecimiento de la ciudad en la década de los veinte, lo que deja de manifiesto cómo la proyección de las élites en el ordenamiento del territorio ya estaba sobrepasada por unas dinámicas de urbanización, que no lograban gestionar de manera eficaz (Almario García *et al.*, 2017).

Sumados a los desarrollos académicos regionales antes descritos, así como al apoyo de un conjunto de agremiaciones y organizaciones sociales, esta clase de iniciativas consolidó durante los años cincuenta una idea de ciudad con una planeación creciente ante un desarrollo muy dinámico, gran auge comercial e industrial. En síntesis, fue una etapa de modernización e ilusión. Es pertinente dejar constancia, como se evidenciará a lo largo del texto, de que la evolución de la ciudad ha estado guiada en buena medida por los aprovechamientos inmobiliarios y el desarrollo urbanístico.

En un texto publicado en noviembre de 1947, el profesor Nel Rodríguez escribió:

No veo posibilidad de que esta tibia e indolente ciudad de Medellín llegue a tener un plan urbanístico completo por las vías naturales o sea por el Gobierno Nacional. A éste, no le han faltado nunca estudios, proyectos de reorganización de su oficina de urbanismo, su temible Junta de Valorización, etc. Ahora todas esas buenas intenciones entrarán en otro periodo de letargo, porque el Gobierno Nacional tiene el proyecto de fundar un Instituto de Urbanismo, al cual se la va a pedir el favor de que nos planee a Medellín, una vez que Bogotá esté terminado. Se necesita ser muy ingenuo para creer que vamos a obtener algo de esa fuente. (*Revista Facultad de Arquitectura y Urbanismo*, N°2, 1947).

La autonomía de Medellín frente a la capital, Bogotá, es una historia larga y tiene raíces históricas, en un marco de centralismo que prevalece hasta el presente.

A mediados del siglo anterior, entre los académicos había personas que, en su trayectoria previa, habían tenido contacto con algunas instituciones y personalidades de primer orden en Europa y Estados Unidos. Antonio Mesa Jaramillo había estudiado en Bruselas y trabajó en París poco antes de la Segunda Guerra Mundial, en contacto con Le Corbusier. Tras su regreso a Medellín, alrededor de 1941, planteó ideas sobre la visión moderna de la sociedad y el desarrollo urbano desde su rol como arquitecto, profesor y decano de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Pontificia Bolivariana (*Revista Facultad de Arquitectura y Urbanismo*, N°2, 1947).

Tras la invitación por parte de algunos líderes locales, el arquitecto Le Corbusier (Charles-Édouard Jeanneret) visitó brevemente Medellín en 1947. Como describe Beatriz Elena Giraldo en su texto *Le Corbusier en Medellín*:

[...] su relación con Medellín se limitó a esa breve visita. Como memoria de ella quedaron estos registros reunidos aquí, más como prueba de la